

Antropología bíblica

Introducción

Actualmente se escuchan muchas voces, procedentes de todas las partes del mundo, de creyentes y no creyentes, afirmando que la Iglesia está en crisis. Creo que no es solo la Iglesia, sino toda la humanidad la que está en crisis. ¿A qué se debe esta crisis? El cardenal Robert Sarah da una respuesta contundente: “la raíz más honda de la crisis de la civilización que estamos viviendo está en la pérdida del sentido de la fe... La pérdida del sentido de Dios ha socavado los cimientos de toda civilización humana y ha abierto las puertas a la barbarie totalitaria”¹. Yo me atrevo a decir que esta pérdida del sentido de la fe es también la expresión o el resultado de una profunda crisis antropológica. El Papa Benedicto XVI, dijo: “El hombre separado de Dios se reduce a una sola dimensión, la dimensión horizontal, y precisamente este reduccionismo es una de las causas fundamentales de los totalitarismos... y de la crisis de valores que vemos en la realidad actual... Si Dios pierde la centralidad, el hombre pierde su sitio justo”².

Con estas percepciones de fondo de personajes tan insignes, quiero ofrecer esta reflexión basada en la antropología bíblica, en un intento de volver o de afianzarnos en los fundamentos de la Revelación que sustentan una visión integral del ser humano de frente a Dios.

Quiero iniciar esta reflexión citando textualmente a *Gaudium et Spes* 12: “¿Qué es el hombre? Muchas son las opiniones que el hombre se ha dado y se da sobre sí mismo. Diversas e incluso contradictorias. Exaltándose a sí mismo como regla absoluta o hundiéndose hasta la desesperación. La duda y la ansiedad se siguen en consecuencia... La Biblia nos enseña que el hombre ha sido creado “a imagen de Dios”, con capacidad para conocer y amar a su Creador, y que por Dios ha sido constituido señor de la entera creación visible para gobernarla y usarla glorificando a Dios. Pero Dios no creó al hombre en solitario. Desde el principio los hizo hombre y mujer (Gn 1,27). Esta sociedad de hombre y mujer es la expresión primera de la comunión de personas humanas. El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás. Dios, pues, nos dice también la Biblia, *miró cuanto había hecho, y lo juzgó muy bueno* (Gn 1,31)”.

El punto de partida de toda concepción antropológica es la vida humana. Sin esta base, lo demás no tiene consistencia.

En la Biblia aparece con absoluta primacía un interés fundamental por la vida humana y todo lo que se relaciona con ella. A Israel no le preocupan o le interesan las cuestiones filosóficas o especulativas; simplemente acepta el hecho de vivir, el valor de la vida.

Tal vez el rasgo más importante de la antropología bíblica es la aceptación de la existencia vivida de forma gozosa y plena. Dios todo lo hizo bueno, pero especialmente al hombre (cf. Gn 1,31). Al hablar de la vida no lo debemos entender de manera abstracta, sino

¹ Cardenal Robert Sarah, *Se hace tarde y anochece*, Palabra, Madrid 32019, 34-35.

² Benedicto XVI, catequesis del 14 de noviembre de 2012, en Cardenal Robert Sarah, *Se hace tarde y anochece*, 35.

como una realidad concreta. Es hablar del hombre individual, de la persona. Su estar en el mundo, su edad, su descendencia, sus relaciones con los demás...

La creación del hombre en el Génesis se presenta con categorías mentales de alianza. La creación es el primer acto que permite la relación de Dios con el hombre y a la inversa. Dios crea al hombre por amor y espera de él una correspondencia similar. La existencia del hombre tiene una relación intrínseca y constitutiva con Dios. El hombre existe porque Dios lo ha traído a la vida. Se acepte o no, se trata de una concepción religiosa en sus fundamentos. Descartamos toda concepción filosófica en la Biblia. No parte de una naturaleza pura, abstracta del hombre para luego elevarla al orden sobrenatural de relación con la divinidad. Por el contrario, la intervención divina es determinante para la existencia del hombre.

1. La relación con Dios. Imagen y semejanza

El hombre es un reflejo y participación de lo divino. Es lo que significa la expresión: “Dios creó al hombre a su imagen y semejanza” (Gn 1,27). “Imagen y semejanza” no significa que algo es parecido a su punto de referencia (Dios). Indica que una persona es la apariencia y el aspecto externo de otra realidad más misteriosa; que es su dimensión externa y perceptible, algo en lo cual aquella realidad se exterioriza y manifiesta. Quiere decir que el ser humano manifiesta algo de Dios porque participa de su ser y de su vida. Y participa porque tiene una relación esencial con Dios que le constituye en aquello que es.

Lo característico del ser humano es poder ponerse en contacto con Dios y mostrarlo así a los demás. Por eso es superior a las demás creaturas. De las demás creaturas no se dice que sean semejantes a Dios ni que establezcan contacto con él. En el hombre, en cambio, encontramos su apertura a la trascendencia. Su capacidad de acceso al misterio.

En la Biblia no se dice explícitamente que el hombre sea un misterio para sí mismo y para los demás. El hombre, en su relación con Dios, es una obra maravillosa: “lo hiciste poco inferior a los ángeles...” (Sal 8,6). No es que seamos superhombres. El hombre es creatura de Dios, lo afirma con claridad el salmista: “lo hiciste...”. En sí mismo, el hombre es pequeño y débil, pero con una grandeza que le viene de participar de la vida divina. Está por encima del resto del mundo.

No se dice en la Biblia que el hombre sea imagen de Dios porque tiene espíritu, alma, inteligencia o algo superior a lo material. Esas ideas provienen de la mentalidad y pensamiento griego, que menospreciaba la materia y la veía inferior a lo espiritual, estableciendo una división en el mundo y en el hombre. Según ese modo de pensar, lo malo era lo material, y lo bueno, lo espiritual.

Según la Biblia todo el hombre es imagen de Dios, sin divisiones. Es la misma existencia humana lo que constituye la imagen de Dios. No se trata de operaciones mentales, sino de la existencia que involucra a toda la persona.

2. Terminología antropológica hebrea en el Antiguo Testamento

Son tres los términos claves para entender el concepto del hombre en la cultura hebrea: בָּשָׂר *basar*, נֶפֶשׁ *nefesh*, רוּחַ *ruah*.

Basar בָּשָׂר originalmente significa ‘carne’, del hombre o de los animales (Is 22,13; 44, 16; Lv 4,11; 26,29).

La ‘carne’ es la manifestación exterior de la vitalidad orgánica. Se aproxima mucho a lo que hoy se designa como “cuerpo” (Nm 8,7; Job 4,15; 1Re 21,27). Basar se usa también como designación del hombre entero. Es el elemento biológico común al hombre y a los demás seres vivientes.

2.1 Características del término בָּשָׂר

a) Basar puede significar también *parentesco biológico*.

–En levítico 18,6 la mujer consanguínea es llamada “carne”: בָּשָׂרוֹ אִישׁ אִישׁ אֶל-כָּל-שָׂאֵר “ningún hombre se acerque a su carne”.

–José es “carne” de sus hermanos: כִּי-אָחִינוּ בָּשָׂרֵנוּ “es nuestro hermano, carne nuestra” (Gn 37,27).

La expresión כָּל-בָּשָׂר *kol basar (toda carne)*, designa así la totalidad solidaria de los individuos que componen la especie humana (Is 40,5; 49,26; Jr 25,31; Job 12,10; Sal 145,21; Lc 3,6). Ejemplo: Is 40,5: וְנִגְלָה כְבוֹד יְהוָה וְרָאוּ כָל-בָּשָׂר “se revelará la gloria de Yahvé y toda carne (toda creatura) la verá”. Para Lucas la ‘gloria’ de Yahvé es la ‘salvación’ que nos ofrece: καὶ ὄψεται πᾶσα σὰρξ τὸ σωτήριον τοῦ θεοῦ: “y verá toda carne la salvación de Dios” (Lc 3,6).

Más aún: todos los seres vivientes son basar (Gn 9,15.16). De esa manera, el término basar conlleva un principio de solidaridad o socialidad.

b) El hombre como basar (carne), sugiere con frecuencia debilidad (no sólo física sino también moral), fragilidad y caducidad inherentes a la condición humana; por eso, la “carne” se asocia a la conducta pecaminosa (Gn 6,12); la “carne” es efímera como la hierba del campo (Is 40,6); toda carne es un soplo que se va y no vuelve (Sal 78,39).

La carne no es causa del mal, como lo afirman las antropologías dualistas, sino que como la carne es esencialmente limitada, por lo mismo padece de desfallecimiento biológico o ético.

¿Cómo entender, entonces, lo que dijo Jesús: Εἰ ἡ δεξιὰ σου χεὶρ σκανδαλίζει σε, ἔκκοψον αὐτήν καὶ βάλε ἀπὸ σου “si tu mano derecha es ocasión de pecado (lit. te escandaliza) córtala y arrójala de ti”? (Mt 5,30).

2.2 נֶפֶשׁ *nefesh*

Nefesh es el centro vital inmanente del ser humano, la persona concreta animada por su propio dinamismo y dotada de sus rasgos distintivos. Es lo que hoy podríamos llamar personalidad, la psicología particular.

Nefesh está afectada por basar. Lo biológico y lo psíquico se influyen mutuamente. Por ejemplo, en Is 29,8 se dice que cuando el ser humano siente hambre (basar), su nefesh está vacía.

Basar y nefesh pueden usarse indistintamente para denotar al hombre entero. Todo el hombre es basar, todo el hombre es nefesh. No puede decirse que el hombre tiene basar o tiene nefesh, sino que el hombre es una unidad psicósomática, cuerpo animado o alma encarnada.

El dualismo alma-cuerpo, según la concepción platónica griega, es totalmente ajena al pensamiento bíblico. Entonces cabe preguntar: ¿si no es dualista la antropología bíblica, es monista? No es monista; es más bien una antropología integracionista, es decir, que ve al hombre como una realidad compleja, pluridimensional; pero, por encima de todo, unitaria: unidad psico-orgánica.

A nefesh se le pueden atribuir sensaciones orgánicas, por ejemplo, de hambre; mientras que a los órganos corporales se les atribuyen operaciones psíquicas:

- Por ejemplo, ‘*las entrañas se conmueven*’ (Gn 43,40);
- ‘*Los riñones exultan de gozo*’ (Prov 23,16).
- *El corazón*. El A.T. señala al corazón (*leb*) como el verdadero centro interior del hombre en el que se imprimen y desde donde se irradian las operaciones sensitivas, afectivas, electivas, cognoscitivas.

Ni siquiera el pecado se adscribe a la carne o al cuerpo y la santidad al espíritu. Pecado y justicia, vicio y virtud, proceden de decisiones personales que comprometen al hombre entero, porque es el hombre total el que está ante Dios.

2.3 רִּוּחַ *ruah*

Indica la apertura trascendental del ser humano. El término significa primeramente “viento”, “brisa”, (Gn 3,8; Ex 10.13; Is 7,2). Por consiguiente significa “respiración” (Gn 41,8), e incluso la “vitalidad” (Gn 45,27). Pero en la mayoría de los casos se usa para designar el espíritu de Yahvé; y en otros casos, la comunicación de ese espíritu de Dios al hombre.

Se trata, entonces, -a diferencia de nefesh- no del aliento vital del ser vivo, sino de una fuerza creadora, de un don divino específico (Job 33,4; 34,14-15; Sal 33,6; Is 31,3). Estamos pues, ante un concepto teoantropológico con el que se expresa una nueva dimensión del hombre: la de su apertura a Dios, su dimensión sobrenatural. En esta línea los profetas son llamados “*hombres de espíritu*” en cuanto poseedores de un carisma distinguido (Nm 27,18; Os 9,7).

Los términos basar-ruah aparecen contrapuestos (Is 31,3); pero esa contraposición no implica la oposición dualista entre lo material y lo espiritual; expresa, más bien, la dialéctica entre la finitud y la limitación de la creatura y el poder omnímodo del Dios creador y soberano. Así, el hombre aparece, al mismo tiempo, como condenado a la caducidad y a la impotencia; pero Dios, a través de su *ruah* sostiene la precariedad del hombre, apoya su debilidad y le posibilita trascender su condición carnal por la participación de sus dones divinos.

3. Terminología antropológica hebrea en el Nuevo Testamento

La situación terminológica y conceptual en el NT es más compleja que en el Antiguo. El término רֶשֶׁת se duplica en dos términos para hablar del cuerpo, σὰρξ (*sarx*) y σῶμα (*soma*).

a) Σὰρξ *sarx*

También en el NT ‘carne’ indica todo el hombre en su naturaleza de debilidad. Esto es comprobable en Jn 1,14: ὁ Λόγος σὰρξ ἐγένετο. El Logos de Dios se ha hecho σὰρξ, ha tomado nuestra naturaleza, la debilidad de nuestra vida humana. Es el cuerpo en su

debilidad humana, cuerpo que está vinculado con la sangre y que es incapaz de conocer los misterios de Dios.

Esto queda evidenciado también en Mateo: Μακάριος εἶ, Σίμων Βαριωνᾶ, ὅτι σὰρξ καὶ αἷμα οὐκ ἀπεκάλυψέν σοι ἀλλ' ὁ Πατήρ μου ὁ ἐν τοῖς οὐρανοῖς “*Dichoso eres, Simón hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos*” (cf. Mt 16,17).

Σὰρξ indica la creaturalidad en cuanto tal, es decir, la caducidad, la debilidad, la diferencia respecto a Dios y, por tanto, la incapacidad de concierlo en su verdadera profundidad (Mt 16,17; Jn 3,6; 1Co 1,26). Por tanto, cuando ‘carne’ se contrapone a espíritu, no se trata normalmente de la diferencia entre el cuerpo y el ánima, sino de la diferencia entre creatura y Creador, entre posibilidades puramente humanas y participación en el don que Dios hace de sí mismo al hombre. Es todo el hombre que es llamado a superar su creaturalidad en el acogimiento de la autorevelación divina.

En este sentido debe entenderse la célebre palabra de Jn 6,63: τὸ πνεῦμά ἐστιν τὸ ζωοποιῶν, ἡ σὰρξ οὐκ ὠφελεῖ οὐδέν *el espíritu da vida; la carne no sirve para nada*. En este sentido, la σὰρξ se relaciona también con el pecado como debilidad. Sin embargo, el cuerpo no es malo, sino que se entiende como expresión de unidad interhumana: καὶ ἔσονται οἱ δύο εἰς σάρκα μίαν “*y serán los dos una sola carne*” (Mc 10,8). Hombre y mujer forman una alianza tan fuerte en el matrimonio, que se funden en una sola σὰρξ.

b) Σῶμα *soma*

Se suele traducir como ‘cuerpo’. Sin embargo, referido al hombre, designa al hombre entero, distinto de cada uno de sus miembros tomados aisladamente (cf. Mt 5,29-30). El soma es el hombre en su identidad, distinto de las cosas que posee, de los vestidos que se pone (cf. Mt 6,22-26).

El ‘cuerpo’ es el hombre en cuanto insertado en el mundo, dotado de miembros y de energía que lo ponen en relación vital y fecunda con los demás y con las cosas. En sí mismo, el cuerpo es bueno. Más que de ‘pecados del cuerpo’, se debe hablar de ‘pecados contra el cuerpo’ (cf. 1Co 6,18), es decir, contra el valor y la dignidad de la persona visible y llamada a actuar en el mundo. Con este término se indica primariamente el aspecto físico y la potencia generativa del hombre, no para distinguir la esfera sexual de otra a ella superior o más plenamente humana, sino al contrario, para decir que en esta fisicidad todo el hombre está puesto en cuestión y empeñado a ser él mismo. Es este cuerpo destinado a ser ‘templo del espíritu santo’ (1Co 6,13.19).

Jesús dice: τοῦτό ἐστιν τὸ σῶμά μου, “*esto es mi cuerpo*” en el sentido de corporalidad que se abre y se entrega a los demás, para compartirla con ellos (cf. Mc 14,22). Es el σῶμα que una mujer unge para la resurrección, apareciendo como signo de la corporalidad pascual de Jesús y los cristianos (cf. Mc 14,8; Jn 20,14).

El cuerpo de Jesús resucitado se expresa en la Iglesia, de tal forma que en ella hay muchos miembros, pero forman un solo cuerpo, que es el mismo Cristo (cf. Rm 12,5; 1Co 10,17; 12,2). En Efesios Pablo distingue entre Cristo, que es la cabeza, y el cuerpo que es la Iglesia (cf. Ef 4,15-16).

c) Πνεῦμα *espíritu, viento*

El רוּחַ *ruah* del AT pasa al NT como πνεῦμα, básicamente con el mismo sentido. Designa al Espíritu Santo.

4. Optimismo antropológico

En la Biblia, el hombre goza de una visión optimista. El ser humano, y su entorno es visto de manera positiva. ¿Por qué? Porque el hombre es imagen y reflejo de su Creador, que puede relacionarse con él. En Gn 1,31 se dice que toda la obra de Dios es muy buena. No es que se desconozcan las limitaciones, defectos o debilidades de todo tipo que el hombre tiene y padece. Nunca se disimulan realidades como el dolor, la muerte, la enfermedad, la violencia y otros rasgos negativos. Sin embargo, todo ello no influye para disminuir la visión positiva del ser humano y de su vida.

La Biblia ve al hombre en su total y compleja realidad, envuelto también en su lado oscuro y malo. Un ejemplo de ello es el Salmo 90 (89), que medita sobre la fragilidad humana y la brevedad de la vida acortada por el pecado:

- El hombre es tierra: “*tú devuelves a los hombres al polvo*” (90,3; cf. Gn 2,7).
- El hombre es como la “*hierba que brota y florece por la mañana, por la tarde está marchita y seca*” (90,6).
- Algo parecido plantea el Sal 103,15: “*La vida del hombre es como la hierba, como la flor del campo, así florece; lo azota el viento y ya no existe*”.
- “*Nuestros años son como un suspiro*” (Sal 90,9).
- “*Vivimos setenta años, con buena salud hasta ochenta*”. “*Casi todos (los años) son fatiga y vanidad, pasan a prisa y nosotros volamos*” (Sal 90,10).

La literatura sapiencial también es rica de reflexiones sobre la vida humana (Si 10,11; 17,30.32; 18,8; Qo 12,7).

Como visión dominante, la antropología bíblica refleja al hombre contento de serlo, consciente de sus posibilidades, pero también de sus limitaciones de frente a Dios.

5. La teología de la imagen

Nuevamente nos referimos al Génesis, para abundar un poco más en lo que podríamos llamar la ‘teología de la imagen’. Se trata de la creación del hombre, que es el punto de partida de la antropología. En el primer relato del Génesis, la creación del hombre es el punto de llegada de toda la obra creacional de Dios: “*Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza... a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los creó*” (Gn 1,26-28). Esto significa que el hombre, dentro de la creación, está llamado a representar a Dios, a ser un cierto reflejo suyo. Combinando el primer relato de la creación con el segundo, es Dios el que da al hombre el aliento de vida. El hombre, con su capacidad creativa, está llamado a dominar la creación, a colaborar con Dios para producir vida. La única imagen de Dios que existe en el mundo es la del hombre, que representa a su Creador. Cada hombre es imagen de Dios. Esto encierra una particular dignidad del ser humano en su relación con Dios.

Es sorprendente que en una cultura hebrea, tan dada a rechazar las imágenes, sea el mismo hombre creado a imagen de Dios. Es probable que se prohibieran las imágenes para evitar que pudiera darse cualquier tipo de idolatría. Sin embargo, al ser el hombre imagen de Dios, se quiso resaltar que es solamente el ser humano el que puede reflejarlo.

6. Cristo, imagen por excelencia del Padre

Vistas las cosas desde Dios, sabemos entonces cuál es el origen, cuál es el fin y cuál es el camino del hombre. El ser humano se ilumina desde Cristo.

Gaudium et Spes 22 dice con toda claridad: “El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”. “Cristo, el nuevo Adán, revela al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”. Este texto resume lo que es la antropología cristiana. Es Cristo quien revela lo que es el hombre.

En Col 1,15-20 se determina en qué consiste esta semejanza con Dios: “Cristo es imagen de Dios invisible”. Cristo refleja al Padre hasta tal punto que es idéntico con él: “*el que me ve a mí, ve al padre*” (Jn 14,9). Contemplando a Cristo podemos saber lo que realmente somos. En él Dios está a nuestro alcance. Conocer a Cristo se hace apremiante, pues conocerlo a él, es conocer al Padre, es conocernos a nosotros mismos.

Pero el conocer bíblico no es un saber especulativo o intelectual, sino el establecer contacto con él. Conocer a Cristo es amarlo. En Cristo el hombre adquiere su verdadera imagen, la del Génesis.

Por lo tanto, no se trata de una imagen estática, sino dinámica, que consiste ésta en hacerse imagen de Dios imitando a Cristo. Ser imagen de Dios consistirá en alcanzar la ‘estatura’ de Cristo. Por eso san Pablo insiste: “*tengan los mismos sentimientos de Cristo*” (Flp 2,5).

San Pablo (Rm 5,12) dice que “*por un hombre entró el pecado en el mundo*”... y prosigue más adelante: “*Adán es figura del que había de venir*” (Rm 5,14). Adán es imagen de Dios, pero también figura del que había de venir. Esto nos lleva directamente a considerar que la verdadera imagen del hombre está en Cristo. El verdadero hombre revelado es Cristo; él tiene la plenitud de lo que significa ser hombre. San Pablo culmina su enseñanza antropológica cuando dice que “*Cristo es imagen de Dios invisible, y por medio de él fueron creadas todas las cosas*” (Col 1,15-16), y en la carta a los Hebreos se nos dice que “*Dios nos ha hablado por medio del Hijo, por quien hizo el universo*” (Hb 1,2). Dios creó todas las cosas, y también al hombre. Por eso podemos decir que la idea original del hombre, desde su creación, está ya en el Hijo de Dios. Cuando el Hijo se encarna, esa idea original queda impresa en la naturaleza humana. La perfección humana aparece en Cristo. Este Hijo encarnado comparte con nosotros todo, menos el pecado. Él va a morir y resucitar. Y en esa imagen de Cristo resucitado y glorificado se realiza en plenitud la imagen del hombre. La imagen de Adán quedó estropeada por el pecado, pero es recuperada por Jesucristo, dándonos la imagen final del hombre. Por eso toda la vida cristiana consiste en irse pareciendo a Cristo: “*se han revestido del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador*” (Col 3,10; cf. 1Co 15,20-23.49; Ga 4,4-7; Rm 8,14-17; Flp 3,21). Toda la vida del hombre la podemos resumir en ese paso del hombre viejo al hombre nuevo representado por Jesucristo. Esto es posible gracias a la asistencia del Espíritu Santo.

Cristo es la imagen verdadera y perfecta de Dios; en cuanto el Hijo se encarna, representa la imagen perfecta del hombre; y cuando lo vemos resucitado, lleno de gloria, vemos el destino que Dios ha preparado para cada ser humano. Por tanto, en Cristo resucitado vemos la plenitud de lo que es el hombre.

Autoapropiación

1. Ante esta ola de violencia, de inseguridad, fraudes, extorsiones, robos, homicidios, genocidios... ¿Crees que el hombre sigue siendo imagen de Dios? ¿Por qué?
2. ¿Qué relación existe entre el “hombre creado a imagen de Dios” (Gn 1,26-27) y “Cristo, imagen de Dios invisible” (Col 1,15).
3. En nuestra sociedad actual, ¿qué hace difícil al hombre configurarse con Cristo, verdadera “imagen de Dios invisible”?
4. ¿Qué retos nos presenta la visión y la realidad antropológica actual a nosotros como cristianos-católicos?

Para continuar la lectura

- La Biblia católica
- Verbum Domini
- GS 12; 14; 22.
- Cardenal Robert Sarah, *Se hace tarde y anochece*, Palabra, Madrid 32019.
- Puebla, “*la verdad sobre el hombre: la dignidad humana*”, (a partir del número 304).
- Catic: Prólogo, 1; Capítulo primero: el hombre es «capaz» de Dios (27-49); el hombre (355-384).
- Juan Luis Lorda, *Antropología bíblica: de Adán a Cristo*, Ed. Palabra, Madrid 2005.
- Federico Pastor Ramos, *Antropología bíblica*, EVD, Estella (Navarra) 1995.
- Federico Pastor Ramos, *La familia en la Biblia*, EVD, Estella (Navarra) 1994.

La Biblia y la vida cristiana

Nunca antes se había desatado tanta violencia en nuestra sociedad, y aún en muchas familias. En este momento de nuestra historia en que la dignidad de la persona es pisoteada y la vida humana está tan devaluada y atacada, es necesario volver al Dios de la vida. Caín no ha desaparecido: sigue atacando a su hermano para matarlo. Herodes sigue persiguiendo a Jesús.

El gesto del líder indígena de Bolivia, Ramiro Reynaga, con motivo de la visita del Papa Juan Pablo II a este país en 1985, es altamente simbólico. Entregó al papa una carta en la cual, en nombre de los indígenas, decía: *"Nosotros, indios de los Andes y de América, decidimos aprovechar su visita para devolverle su Biblia, porque en cinco siglos ella no nos ha dado ni amor, ni paz, ni justicia. Por favor, Santidad, tome de nuevo su Biblia y devuélvala a nuestros opresores, porque ellos necesitan de sus preceptos morales más que nosotros"*. Cuentan que el papa no pudo decir nada y que tuvo una actitud digna: lloró.

La Biblia y la vida

La Sagrada Escritura debería ser el libro de la vida, ya que es Dios el que habla en ella. El texto bíblico no ha de considerarse únicamente como un documento de historia muy antigua. La tradición cristiana lo comprende como Palabra de Dios que se dirige a los hombres y a las mujeres de cada época y que exige una respuesta siempre renovada, siempre actualizada de acuerdo a las circunstancias de cada momento histórico.

"No se trata tanto de interpretar la Biblia, sino más bien de interpretar la vida a la luz de la Biblia"- decía el cardenal König, primer presidente de la Federación Bíblica Católica, a propósito de la Pastoral bíblica, en la Asamblea Plenaria de Malta en 1978.

Es cierto que la comunicación de Dios con el mundo no se reduce únicamente a la Biblia. Pero es en la Sagrada Escritura donde encontramos expresada de manera especial la voluntad de Dios, la salvación: "Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1Tm 2,4). El evangelista San Juan nos expone la finalidad que tienen las Sagradas Escrituras: "para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en su nombre" (Jn 20,31). El mismo Jesús, en el evangelio de san Juan, nos dice que él ha venido 'para que tengan vida, y la tengan en abundancia' (cf. Jn 10,10).

En efecto, pues, nos damos cuenta que la Palabra de Dios tiene íntima relación con la vida. En ella hallamos excelentes orientaciones para nuestra actitud frente a la vida. La Palabra de Dios debe ser fuente de iluminación, de conversión, de salvación. Si después de haber escuchado o leído tantas veces la Palabra de Dios no hemos cambiado nuestra vida adecuándola a la voluntad de Dios, ello significa que no hemos dejado entrar a Dios en nuestra vida para que nos ayude a transformarla; significa que hemos resistido a la Gracia construyendo un muro de separación entre lo humano y lo divino. La Palabra de Dios nos ayuda a ser más cordiales, amables, solidarios, justos, responsables, misericordiosos... en una palabra, más santos. Esta, en definitiva, es la vocación de todo creyente: "Sean santos, porque yo, Yahvé, su Dios, soy santo" (Lv 19,2). Estamos llamados tanto a la santidad como a la perfección: "Ustedes, pues, sean perfectos como es perfecto su Padre celestial" (Mt 5,48).

En cuanto al modo de relacionar la vida con la Biblia recientemente se viene hablando de que hay que partir de la Biblia para iluminar la vida; otros, en cambio, dicen que hay que partir de la vida para que nos lleve a la Biblia. En realidad, en el trabajo bíblico se puede partir del texto bíblico, para relacionarlo con la vida o bien de una situación de la vida para iluminarla y adecuarla con el mensaje bíblico. Siempre que haga posible el diálogo entre el texto y la vida, y entre la vida y el texto, se pueden tomar muy diversos métodos de lectura. Así lo hace la animación bíblica en cualquier parte del mundo.

La civilización de la inmanencia

La vida humana sin trascendencia

Justificación del tema

¿Por qué un tema sobre la antropología bíblica? Porque “en nuestra época se ha difundido lamentablemente, sobre todo en Occidente, la idea de que Dios es extraño a la vida y a los problemas del hombre, y más aún, de que su presencia puede ser incluso una amenaza para su autonomía” (VD 23). La indiferencia religiosa es cada vez mayor; vivir como si Dios no existiera es cada vez más común en mucha gente. Sin Dios, el hombre se vuelve contra el mismo hombre: “homo homini lupus” (T. Hobbes). Porque sin Dios, el hombre pretende ser “*la medida de todas las cosas*”, como dijo Protágoras. Sin ley, sin ética, sin moral, sin trascendencia... Y en estas circunstancias, el hombre va perdiendo su verdadera identidad. Tal vez nunca como hoy la imagen y la vida del ser humano aparece tan fragmentada, tan devaluada, tan manipulada, tan atacada. El hombre es víctima de ideologías que se han traducido en praxis deshumanizantes. “En un mundo que considera con frecuencia a Dios como algo superfluo o extraño, confesamos con Pedro que sólo él tiene ‘palabras de vida eterna’ (Jn 6,68). No hay prioridad más grande que esta: abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante” (Jn 10,10; VD 2). Es por esto que debemos volver a las fuentes: “La Sagrada Escritura contiene valores antropológicos y filosóficos que han influido positivamente en toda la humanidad” (VD 110). Solamente de frente a Dios podremos entender lo que realmente somos.

¿Qué es el hombre?

Fue esta la pregunta que el autor del Salmo 8 planteaba a Dios de manera directa. Una pregunta retórica para resaltar la dignidad humana en relación a las demás criaturas terrenales. La propia existencia le plantea al hombre esta pregunta, de la que uno no puede escapar por la simple razón de que él mismo existe como una pregunta abierta. Encarando su propia existencia, el hombre debe buscar una respuesta para sí mismo.

Quién es el hombre, cuál es su origen y su destino, son temas fundamentales en los ejercicios espirituales de los grandes santos. Sin embargo, la pregunta por la identidad del hombre y por su presencia en el universo se circunscribe hoy en varias posturas ideológicas.

En el devenir de la historia se han ofrecido múltiples respuestas sobre la identidad del ser humano, su origen y su destino. La filosofía, la sociología, la psicología, la cultura, la historia, la biología, la religión... cada una de las ciencias tiene algo que aportar. Tal vez ninguna de sus aportaciones satisfaga plenamente. Sin embargo, mientras el ser humano se sigue preguntando sobre su identidad, origen y destino, se va transportando en la línea del tiempo hasta desaparecer en un horizonte a veces difuso, tal vez llevándose la pregunta sin respuesta.

En vano se nos quiere imponer la idea de que el hombre surge de la evolución, tocado por el conductismo, convenciéndolo de que tome conciencia de que él procede de la animalidad, y que es normal que sea el instinto permanentemente instaurado en él el que se manifieste, sin dejar lugar para la racionalidad, y mucho menos para la trascendencia y la

Gracia. Aún más, se ha querido también convencer de que tal idea se combina adecuadamente con la de la libertad humana, de tal manera que sea el mismo hombre el que impulse su evolución, en una especie de manipulación de sí mismo, para definir lo que significa ser hombre para los demás y para aquellos que vendrán después. De ser así, el hombre se convierte a sí mismo en la esencia de lo factible: es el hombre el que se hace a sí mismo y el que va decidiendo lo que quiere ser. El mismo hombre entra en el ámbito de lo experimentable.

También la postura marxista ha querido convencer de que el hombre no puede explicarse solo a partir de su libertad individual, ni tampoco a través de las leyes biológicas, sino que es un producto de la sociedad y de sus condicionamientos económicos. El hombre es una construcción social.

Hoy en día aún estamos viviendo las consecuencias del viraje antropocentrista del Renacimiento; la fractura de la unidad en la Iglesia que introdujo Lutero; las múltiples rupturas éticas, políticas, jurídicas, religiosas introducidas por pensadores como Maquiavelo, Bodino, Nietzsche y tantos otros. El positivismo científicista (final del siglo XIX), quiso imponer la creencia de que con la ciencia todo lo describimos y todo lo controlamos. Esta época está representada por Prometeo, que robó el fuego a los dioses para llevarlo a los hombres. Ahora estos ya no necesitan de aquellos. Teniendo ‘el fuego’, se valen por sí mismos. Se fortalece la idea de que nosotros nos hacemos a nosotros mismos y que somos completamente dueños de nuestra existencia. Todo va encaminado a sacar a Dios de nuestras vidas.

F. Nietzsche (1844-1900) sostenía que Dios no creó al hombre, sino el hombre a Dios. Muchos otros pensadores lo siguieron hasta que ese adoctrinamiento se extendió como pandemia para el alma. Viktor Frankl (neurólogo y psiquiatra austriaco, fundador de la logoterapia, 1905-1997) denominó a esta pandemia ‘vacío existencial’, esto es, la pérdida del sentimiento y de la convicción de que la vida es significativa y que la consecuencia última conduce a configurar al hombre como un ser liberado de ataduras, en constante búsqueda de cosas que le llenan el corazón de hastío y acaban instaurando una civilización de la inmanencia.

Nietzsche vaticinó como nadie antes el surgimiento del nihilismo –el que afirmaba que, después del ocaso de la fe cristiana, nada es verdadero y, por lo tanto, todo está permitido–. En sus escritos póstumos, leemos: Lo que ahora les cuento es la historia de los próximos dos siglos. Cuando el poeta español Joan Maragall (1860-1911) supo de la muerte de Nietzsche, le dedicó este epitafio: “Nietzsche fue un sediento de Dios que no supo bajarse a beber del manantial de la fe, y se murió de sed”.

Nuestra época está representada por Narciso, personaje de la mitología griega que se enamoró de su propia imagen. Una vez que el hombre ha demostrado no necesitar a Dios, se ocupa solamente de sí mismo y se circunscribe ante el fenómeno creciente de corrientes naturalistas que lo separan de la trascendencia, con aquella famosa frase atribuida a Nietzsche: “*Dios ha muerto*”. Hoy, en pleno siglo XXI ‘Dios ha muerto’ para mucha gente. Es decir, Dios ha desaparecido o está a punto de desaparecer de nuestra civilización. Estamos ante una civilización que parece normal, pero gran parte de ella está completamente vacía de una referencia trascendental. ¿Cuál es la consecuencia de una existencia humana sin ninguna referencia a Dios? El nihilismo, el vacío existencial, el hastío, la desesperación, la lucha del hombre contra el hombre, la autodestrucción... Ante

la ausencia de Dios en nuestras vidas, el hombre cae en un abismo caracterizado por la falta de esperanza. Es, sin duda, la falta de esperanza a la que alude San Pablo cuando habla de los que no creen en la resurrección de los muertos: “*Comamos y bebamos, que mañana moriremos*” (1Co 15,32; cf. Is 22,13; Sb 2,6-9).

Hay movimientos que fomentan y propagan el inmanentismo con su consecuente vacío existencial, favoreciendo la ruptura de los seres humanos con todos aquellos lazos que dan sentido de pertenencia y permanencia a la propia vida; primero combatiendo la fe religiosa y luego desnaturalizando las relaciones e instituciones humanas primordiales imponiendo nuevas formas de trabajo que rompen los ritmos vitales; incomunican a las personas y hacen añicos la condición del hombre como creatura, reduciendo el espíritu humano a un repertorio de pulsiones que exigen satisfacciones inmediatas, desestructurando la vida moral, auspiciando el consumo bulímico de placeres que a la vez que embriagan los sentidos y transmiten una impresión fugaz de euforia, anestesian la sensibilidad, ofuscan la conciencia y dejan a modo de resaca un dolor que no acaba nunca, y que para ser aplacado exige dosis cada vez mayores de falsos calmantes que a la postre no hacen más que exacerbarlo.

El vacío acaba manifestándose en dos expresiones que a simple vista parecen contradictorias, pero que esconden una misma aversión a la vida. Por un lado, miedo a la soledad, a la vejez, al abandono y a la muerte. Por el otro, un deseo de acabar cuanto antes con un sufrimiento que ni siquiera podemos comunicar, que ni siquiera podemos explicar y que se nos antoja absurdo.

Asistimos, pues, a la situación de un hombre que se cree absolutamente autónomo y, sin embargo, es fragilísimo, que necesita autoafirmarse debido a la velocidad vertiginosa de un mundo empapado de inmediateces. Ver el reloj, correr, fatigarse, angustiarse, estresarse y, al final, llegar a la nada. El afán por la inmanencia la señalaba Jesús: “*¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si al final se pierde a sí mismo?*” (Mc 8,16). El autor del libro del Qohélet, portador del sentimiento y de la sabiduría popular, expresaba también su convicción: “*Todos los ríos van al mar, y el mar nunca se llena (Qo 1,7); ¡Vanidad de vanidades!: ¡todo es vanidad!*” (Qo 1,2; 12,8).

Es así la vida humana en la civilización de la inmanencia. La desesperación que provoca la inmanencia es el sentimiento profundo de que la vida no tiene sentido, de que todo es un terrible engaño. Y este sentimiento es fatal consecuencia de la creencia de que no hay otra vida.

En nuestro tiempo, afirma el Papa Francisco, “se desarrolla la psicología de la tumba, que poco a poco convierte a los cristianos en momias de museo. Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera del corazón como *el más preciado de los elixires del demonio*” (EG 83). La acedia genera en las personas desiertos espirituales y ambientes áridos.

La consecuencia de pretender vivir sin Dios es que el hombre se vuelve contra el hombre, pues quiere ocupar el lugar de Dios. Sin Dios “el hombre entra en el juego de la competitividad, de la especulación y de la ley del más fuerte, donde el más poderoso se come al más débil” (Papa Francisco. JMJ, Panamá 2019).

Lo más peligroso de nuestro tiempo es que teóricamente no se niega a Dios. La mayoría de la gente no lo niega. Sin embargo, hemos llegado a construir una vida donde ya no importa si existe o no existe Dios, una actitud de absoluta indiferencia, viviendo ‘como si Dios no existiera’. Ello se manifiesta, por ejemplo, en prácticas que parecen normales, como el yoga, la musicoterapia de la New Age, pretender entrar en sintonía con el éter, tirarse al suelo y abrir los brazos para cargarse de ‘energía positiva’ y ‘buena vibra’, la búsqueda de sustitutos en las supersticiones, amuletos, horóscopos, etc.; en un ambiente generalizado donde predomina la poca valoración de la vida humana en cualesquiera de sus etapas (abortos, secuestros, homicidios...); en la facilidad para faltar al respeto a las personas y abusar de ellas (fraudes, extorsiones, engaños, injusticias...); en la actitud para despojar a otros de sus pertenencias... Parece cierta la frase que se atribuye a Thomas Hobbes (1588-1679): “Homo homini lupus”.

En estas circunstancias, es necesario volver a preguntarnos quiénes somos, dónde está nuestro origen y cuál es nuestro destino último... Respondernos con sinceridad estas preguntas nos ayudará a situarnos delante de Dios y en una auténtica fraternidad, cuyo punto esencial de referencia será Jesucristo, el hombre perfecto. Los creyentes tenemos una clara referencia a Dios, y exclamamos como el salmista: “Dios nos hizo y somos suyos” (Sal 100,3); como Jesús, en un texto tan lleno de esperanza: “voy a prepararles un lugar; cuando vaya y les prepare un sitio, volveré y los llevaré conmigo, para que donde yo esté, estén también ustedes” (Jn 14,2-3); como san Pablo: “Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos” (Rm 14,8); “por él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17,28). O como san Agustín: “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descansa en ti” (Confesiones I, 1,1).

Ante esta realidad, el papa Juan Pablo II acudió permanentemente a las fuentes luminosas que brotan de las primeras páginas del Génesis, como una iluminación universal para toda la historia. En Dives in misericordia (30 de nov. 1980) acude a la parábola del Hijo Pródigo (cf. Lc 15,11-32) como un retrato del hombre actual que necesita volver a la casa paterna para un reencuentro con Dios que le dé sentido a su vida. Sólo de frente a Dios el hombre puede estar en grado de conocer un poco más de su propio misterio.

Para compartir

1. ¿Crees que el individuo y la sociedad se están muriendo, como Nietzsche, de sed porque ya ha bebido todo lo que se puede adquirir, y no han bebido de la verdadera fuente de la vida? ¿Cuáles son las causas primeras del vacío vital que azota a la sociedad?
2. ¿Cuál es la realidad que manifiesta mejor la falta de trascendencia del hombre en la actualidad?
3. ¿De qué manera han influido las ideologías del pasado para configurar al hombre actual?
4. ¿Qué movimientos actuales fomentan y propagan el inmanentismo de la persona?
5. Tomas Hobbes decía: “homo homini lupus”; Heidegger: “El hombre es un ser para la muerte”; Protágoras: “El hombre es la medida de todas las cosas”; P. Pedro Arrupe: “el

ser humano es un homo consumens”... ¿Cuáles son las notas que caracterizan al hombre de este tiempo? ¿Tú cómo lo defines? ¿Por qué?

6. ¿Qué retos nos impone la realidad antropológica actual en la acción pastoral de nuestras parroquias?

Los cristianos son “piedras vivas” (1Pe 2,4-9)

Excelentes son las palabras del apóstol Pedro: *ustedes son piedras vivas*, que van entrando en la *edificación del templo espiritual*, para formar un sacerdocio santo, destinado a ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios, por medio de Jesucristo... dichosos ustedes, los que han creído... Ustedes son estirpe elegida, sacerdocio real, nación consagrada a Dios y pueblo de su propiedad...”.

Con la Pascua de Cristo, los creyentes se han convertido en el nuevo pueblo sacerdotal y profético.

¿Cuáles son aquellos ‘sacrificios espirituales’ que el pueblo cristiano debe ofrecer? Toda la realidad terrena y transitoria. El creyente tiene por vocación la animación cristiana del mundo. En esto consiste la obra de su sacerdocio.

El Concilio Vaticano II asigna dos directrices:

- a) **Unión vital con Cristo:** vida de gracia, alimento litúrgico, adhesión a la voluntad de Dios a través de la lectura de su Palabra, rectitud de intención, obras de misericordia...
- b) **Compromiso con las realidades temporales.** Los cristianos son las ‘piedras vivas’ con las cuales se va construyendo el edificio espiritual que es la Iglesia. ¿Es posible permanecer unidos a Cristo y a la vez empeñados en construir la vida terrena?, ¿Es posible tener el gusto por el trabajo y la realización personal, familiar y social, estar activamente empeñados en el mejoramiento de la propia condición económica, en la cultura, en la educación, en el progreso, y al mismo tiempo, ser buenos cristianos y personas espirituales?

Según San Pablo, es posible. Lo dice así: “cualquier cosa que hagan, háganla en nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Col 3,17). Cualquier cosa, aún aquellas más básicas como el comer y el beber (cf. 1Co 10,31). Se trata de santificar las acciones de la propia vida y todas las horas de la jornada.

¿Por qué nos cuesta tanto permanecer unidos a Cristo?

Porque pensamos que la vida cristiana es una cosa diferente, que no tiene nada que ver con nuestras realidades temporales. Las cosas de este mundo nos absorben y provocan en nosotros desorden, avidez, esclavitud y hasta pecado, que nos impiden santificar nuestra vida y hacer todo en nombre de Cristo.

Para ser un buen cristiano no se requiere huir del mundo o despreciar las cosas terrenas y solamente amar las del cielo. Para ser un buen cristiano, hay que poner las manos sobre las realidades de la tierra, pero el corazón en las del cielo, en plena obediencia a Dios.

¿Cuáles son las realidades temporales que requieren el compromiso de los creyentes? Son los bienes de la vida, de la familia, del trabajo responsable, de la cultura, de la educación, de la economía, de las artes y las profesiones, de las instituciones, de la comunidad política, del progreso... Por ejemplo, la lucha por la vida debe ser una opción cristiana de todo el pueblo creyente, no solamente del Papa o los obispos...

No debe haber oposición entre la unión con Dios y la dedicación a la construcción del mundo. No debería haber oposición entre Dios y el mundo, entre las cosas de Dios y las del César. Todo ha sido reconciliado en Cristo Jesús, el cual ha recapitulado en sí todas las cosas, “tanto las celestiales y las espirituales como las terrenales” (Col 1,20).

San Pablo nos sugiere: “si han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, y no las de la tierra” (Col 3,1). Las cosas de arriba no solamente se refieren al más allá, sino también al más acá; es decir, a un nuevo orden de las cosas pensadas y vividas desde Cristo.

Retomemos cada día con más convicción y dedicación nuestro trabajo terreno, sabiendo que en él servimos a Cristo que es camino, verdad y vida.

“Si Dios está con nosotros, ¿por qué nos suceden estas cosas?” (Jc 6,13)

Una breve reflexión a propósito de la pandemia 2020 (Covid 19)

Uno de los jueces bíblicos, Gedeón, estaba majando el trigo para ocultarlo de sus invasores y saqueadores, los madianitas. Fue entonces cuando el Ángel de Yahvé se le apareció y le dijo: *“Yahvé está contigo, valiente guerrero”*, a lo cual Gedeón respondió: *“Perdón, Señor mio. Si Yahvé está con nosotros, ¿por qué nos sucede todo esto?”* (cf. Jc 6,11-13). Era comprensible la percepción que Gedeón tenía de que Dios había abandonado a su pueblo.

La situación de Gedeón representa a tantas personas en la actualidad. Estamos experimentando también nosotros una especie de ‘arraigo domicialiarío’. El ritmo acelerado de nuestra vida se ha detenido; ahora tenemos tiempo para muchas cosas que antes decíamos que no alcanzábamos a hacer. El progreso, el dinero, la ciencia y la tecnología nos habían hecho creer que lo podíamos todo, pero lo que descubrimos es nuestra total debilidad y exposición a la muerte en un abrir y cerrar de ojos. Y mientras suceden estas cosas, nos preguntamos: ¿dónde está Dios? ¿Se ha desentendido de nosotros? ¿Por qué permite el mal? ¿Nos está castigando? ¿Hemos colmado su paciencia? Nosotros quisiéramos quitarnos ese mal de manera inmediata con oraciones mágicas; quisiéramos ‘exorcisar el virus’ para espantarlo. Pero, por el momento, sentimos que nada funciona, ni siquiera nuestra lógica: sabemos muy bien que el virus muere con agua y jabón, y ¿estamos esperando una vacuna para acabar con él?

Instintivamente nos sentimos amenazados por la presencia de las demás personas y vemos en ellas posibles portadoras del virus que podría contagiarnos. Entre más lejos, mejor -se nos dice- pues representan un peligro. Nuestra lógica y nuestros razonamientos se desbordan, y se activa nuestra sospecha para detectar culpables...

Pero “no hay bien que por mal no venga”, dice el refrán. Ahora que un virus invisible a la simple mirada ha puesto en jaque a todo el mundo, que nos ha obligado a suspender el culto público, a cerrar templos, a controlar a los asistentes..., hay que buscar a Dios también fuera del templo y discernir su presencia en la calle. Vemos con sorpresa que mucha gente que parecía no tener fe porque no eran practicantes de la religión, ahora se desgasta y se expone para ayudar a los hermanos en necesidad. Si los que a nuestro criterio muy humano estaban ‘alejados’, ahora los vemos actuando con misericordia, ¡con cuánta mayor razón las personas creyentes y practicantes!

¿Dónde está Dios? Está en la investigación seria de los científicos; en la preocupación y sanas medidas de los gobernantes, aquellos que en realidad quieren a su pueblo; en el infatigable trabajo del personal sanitario; en la conducta solidaria de los ciudadanos, y en quienes, a pesar de todo, mantienen viva la confianza y la esperanza. Dios está en el esposo y la esposa, en los hijos... Allí está Dios, encarnado en los que practican la misericordia, en los que ayudan a las personas más afectadas por esta pandemia. Dios está presente y está actuando.

Volvemos a hacer conciencia de la promesa fortalecedora de Jesús resucitado cuando les anunció a sus discípulos: *καὶ ἰδοὺ ἐγὼ μεθ’ ὑμῶν εἰμι πάσας τὰς ἡμέρας ἕως τῆς συντελείας τοῦ αἰῶνος* “*Yo estaré con ustedes todos los días, hasta el final del mundo*” (Mt 28,20). Y, con san Pablo, ponemos toda nuestra confianza en Dios: *εἰ ὁ Θεὸς ὑπὲρ ἡμῶν, τίς καθ’ ἡμῶν;*

“si Dios está con nosotros, quién estará contra nosotros?” (Rm 8,31). La presencia de Jesús resucitado, desde la fe, se hace evidente. La percibimos ‘polifacética’, encarnada. Dios está con nosotros, aunque permita que nos sucedan todas estas cosas. *“Algo nuevo está en marcha, ¿no lo notan?”* (Is 43,19).